

El desafío al poder

PEDRO LAIN
ENTRALGO

Si la lidia del toro sólo fuese gracioso juego, desafío gallardo y dominio poderoso, «la llamaríamos «toreo», con el sentido que entre nosotros tiene esa palabra? No., El toreo, el verdadero toreo, exige, en efecto, que en el curso de ese desafío al poder y la fiereza del toro haya un permanente drama potencial: el drama de la cogida, con su sangrienta y acaso letal consecuencia. Solemos llamar dramática a toda acción humana que lleva consigo, como posibilidad no remota, la muerte de quien la ejecuta. Descontadas las acciones de una u otra manera bélica, teniendo sólo en cuenta las que integran la vida civil, ¿hay acaso alguna en la que la perspectiva de la muerte ronde más de cerca a su protagonista? Desde que el torero se enfrenta con el toro hasta que éste cae al suelo, herido de muerte, no hay un momento en que la cornada no sea posible; así lo demostraría, a quien tenga tiempo y paciencia para el empeño, un recuento de las casi innumerables que a lo largo del tiempo se han producido. Y aunque estadísticamente no fuese ésta la suerte en que resulta más frecuente la cogida —no lo sé—, la estocada es, en mi sentir, el trance que más evidente hace el constante dramatismo del torero. La estocada, no esa grotesca o habilidosa punción del cuerpo del toro con que tantos matadores cumplen aviesamente el necesario trámite de dar remate a su faena. Dos razones principales hacen dramática a la buena estocada: que con ella va a morir el toro y que el torero puede en ella morir.

Va a morir el toro; va a cumplirse el destino para el que fue engendrado; va a llegar el fin hacia el cual, a través de pastos, tientas y peleas, iba él inconscientemente viviendo. El patético destino de héroe y víctima que lleva sobre sí el toro de lidia se hace brusca y violetamente manifiesto cuando, herida su entraña por el frío rayo metálico de la espada, alza el testuz al cielo y cae a suelo para siempre. La muerte del toro tras la estocada es como el desenlace de una tragedia sin libertad, la inmolación de quién sin poder saberlo ni quererlo ha sido a la vez héroe y víctima. Sólo por esto, aun cuando en su prehistoria no hubiese el pasado mítico y religioso de que nos hablan los historiadores, tendría un carácter cuasi sacral la muerte del toro en la plaza. Quien no sepa sentirlo así cuando el toro se derrumba, ése será un curioso o un folclorista del toreo, pero no lo que grave y técnicamente solemos llamar «un aficionado».